



Revista
de la
Asociación
de Alumnos
de Postgrado
de Filosofía

TALES

Número 2 – Año 2009
ISSN: 2172-2587

Actas
II Congreso de Jóvenes
Investigadores en
Filosofía

**Pensamiento
Poliédrico**

Madrid 28-30 de Octubre 2009

Revista de la Asociación de Alumnos de Postgrado de Filosofía **TALES**

Número 2 – Año 2009

ISSN: 2172-2587

Actas

II Congreso de Jóvenes Investigadores en Filosofía

Filosofía en el siglo XXI

Madrid 28-30 de Octubre 2009



Vicedecanato de Estudios y Convergencia Europea
Facultad de Filosofía
Universidad Complutense de Madrid



TALES

Asociación de Alumnos
de Postgrado de Filosofía
Universidad Complutense
de Madrid

Técnica y verdad en el pensamiento de Martin Heidegger

Pablo Galván Redondo
Universidad Complutense de Madrid

Resumen

La meditación de Heidegger tanto de la verdad como de la técnica persigue patentizar la esencia originaria de ambos fenómenos y, de este modo, ponerlos en conexión con la cuestión fundamental del pensar, a saber: la cuestión del ser. Verdad y técnica se hallan íntimamente relacionadas. Al reflexionar sobre dicha vinculación, se contribuye a esclarecer los fundamentos ontológicos de la actual configuración científico-técnica del mundo.

Palabras clave

Ser, verdad, técnica, mundo.

Abstract

The meditation of Heidegger both about truth and technology aims to show the original essence of both phenomena and, thus, to put them in connection with the fundamental question of thinking, namely: the question of the being. Truth and technology are intimately related. Thinking about the above mentioned link helps to clarify the ontological foundations of the current scientific-technological configuration of the world.

Keywords

Being, truth, technology, world.

I. Introducción

La obra de Heidegger, como es sabido, se movió siempre en torno a una sola cuestión: la *cuestión del ser* (*Seinsfrage*). Cuestión que guía, sostiene, vertebrada y da sentido a la totalidad del pensamiento de nuestro autor. El ser es la estrella que ilumina el camino del pensar de Heidegger, el puente que une todas y cada una de sus meditaciones, pues constituye *el verdadero y único tema de la filosofía*.¹ Por eso, sus reflexiones acerca de la técnica y la verdad exigen, para ser cabalmente comprendidas, ser puestas en relación con esa cuestión directiva.

Nuestro propósito no es, en modo alguno, exponer, analizar y discutir con detalle lo que Heidegger dijo acerca de la técnica y la verdad. Sería una tarea, sin duda, pretenciosa abocada al fracaso. Más bien lo que nos proponemos es reflexionar sobre la conexión existente entre verdad y técnica, con el afán de patentizar su íntima y esencial copertenencia. Verdad y técnica no constituyen dos fenómenos autónomos, susceptibles de ser tratados por separado y que luego, a-posteriori, pudiesen ponerse en relación. Al contrario, ambos se hallan tan íntimamente imbricados que la reflexión sobre uno de ellos, cuando se despliega de manera adecuada, termina *necesariamente* desembocando en el otro.

Pero al meditar sobre la vinculación existente entre técnica y verdad queremos también reflexionar sobre nuestro presente histórico y el modo como la humanidad actual vive y habita en esa materialización exclusiva y excluyente del mundo que es el *mundo científico-técnico*. Evidentemente, teniendo presente la naturaleza de este escrito, nos limitaremos a exponer las líneas generales de tan decisiva y disputada cuestión, lo que, sin embargo, esperemos sea suficiente para patentizar la singularidad de nuestra época en relación con el fenómeno que nos ocupa.

II. La verdad como acontecimiento ontológico-existencial

La meditación heideggeriana tanto de la verdad como de la técnica parte de una tesis fundamental, a saber: que la filosofía, al menos desde el mundo griego, ha sido incapaz de desvelar la esencia *originaria* (*ursprünglich*) de dichos fenómenos. Esa esencia se habría mantenido oculta, velada a lo largo de la historia de la filosofía occidental, abocando al fracaso toda tentativa de comprensión de la verdad y de la técnica. En opinión de Heidegger, acabar con esa escandalosa situación será únicamente posible en la medida en que las investigaciones sobre la técnica y la verdad sean puestas en conexión con la pregunta por el ser. Solo así se patentizará la matricial dimensión *ontológica* de aquellos fenómenos.

El problema de la verdad se mantuvo presente a lo largo de todo el camino filosófico

¹ “Das Sein ist das echte und einzige Thema der Philosophie”. (Heidegger, M., *Die Grundprobleme der Phänomenologie*, en *Gesamtausgabe*. (GA), Frankfurt am Main, V. Klostermann, 1975, tomo 24, p. 15).

del pensador alemán, adoptando distintos y complejos planteamientos, desarrollos y resultados. En cualquier caso, es posible destacar algunas tesis nucleares que, según el parecer de los estudiosos e intérpretes de su pensamiento, constituirían lo que, de manera genérica, podría denominarse “doctrina heideggeriana de la verdad”. Expuestas de manera esquemática, tales tesis serían las siguientes:

1ª. Como ya se ha insinuado, Heidegger intenta rescatar a la verdad del reduccionismo gnoseológico al que la filosofía tradicional le habría sometido. Dicho claramente, para nuestro pensador *la verdad no es ni primaria ni principalmente un fenómeno cognoscitivo, sino ontológico*. El horizonte no es otro, no podía serlo, que la cuestión del ser. Para el pensador alemán, la *Seinsfrage* y la *Warheitsfrage* están íntimamente relacionadas hasta tal punto que, hablando con propiedad, son una y la misma cuestión. En *Introducción a la metafísica*, se lee textualmente: “*la verdad pertenece a la esencia del ser*”.² Verdad es *verdad del ser*.

2ª. El planteamiento *ontológico* de la cuestión, tal y como Heidegger lo concibe, implica un cuestionamiento radical de las distintas teorías desarrolladas a lo largo de la tradición filosófica, en especial de la comprensión de la verdad como concordancia o adecuación. Comprensión ésta derivada de la verdad pues se asienta *sobre* y es posible *desde* el fenómeno originario de la verdad. Nos referimos a la determinación de la verdad como *ajlhvqeia* o *desocultamiento* (*Unverborgenheit*).

Para esclarecer, siquiera sea mínimamente, el sentido del término *desocultamiento*, es pertinente recordar la esencial distinción que el pensador alemán estableció entre verdad óntica y verdad ontológica. La verdad óntica alude al desocultamiento o *patencia* (*Offenbarkeit*) del ente. Patencia que, a su vez, exhibe una doble modalidad. Por un lado, el *descubrimiento* (*Entdecktheit*) que es el modo como están patentes todos los entes que no tienen el *modo de ser* (*seinsart*) del *Dasein* y, por otro lado, la *aperturidad* (*Erschlossenheit*), término técnico que alude a la patencia de ese ente ontológicamente señalado, que es el *Dasein*.

Pero la verdad óntica, en cualesquiera de sus modalidades, incorpora siempre ya una determinada comprensión del ser de lo ente (qué es y cómo es). A esta comprensión previa del ser, la denomina Heidegger verdad ontológica. La verdad ontológica mienta pues el *desvelamiento* (*Enthülltheit*) del ser. Acerca de la relación entre ambos tipos de verdad, el pensador alemán es tajante: “*Más original que la verdad óntica es la verdad ontológica; ésta es la posibilitación –Ermöglichung- de aquélla*”.

² Heidegger, M., *Introducción a la metafísica*, Gedisa, Barcelona, 2001, p. 98.

Ahora bien, la verdad solo puede acontecer en tanto en cuanto existe un ente singular cuyo *modo de ser* está determinado por el *factum* de la *comprensión del ser* (*Seinsverständnis*). Un ente tal es el *Dasein*. Por consiguiente, puede afirmarse que, desde un respecto ontológico-existencial, la verdad pertenece a la esencia de dicho ente o, como se lee en el famoso párrafo 44 de *Ser y tiempo*, que el *Dasein* es un ente esencialmente verdadero, dado que en cuanto que es o existe “*está en la verdad*”. De este modo, la verdad es llevada a un nivel antepredicativo. El lugar de la verdad no es el juicio. La verdad es algo que *acontece* por mor de la esencia trascendente del *Dasein*. Es un acontecimiento que envuelve toda experiencia humana, de tal forma que ésta la presupone ya siempre. El *Dasein*, en cuanto que es, que existe fácticamente, se haya ya en la verdad. *Estar en el mundo* (*In der Welt sein*) y *estar en la verdad* (*In der Wahrheit sein*) constituyen, considerados desde el horizonte ontológico-existencial, un mismo fenómeno.

3ª. El *Dasein* comprende el ser y en virtud de esta comprensión acontece la verdad ontológica, que hace posible que los entes intramundanos, con los que nos las vemos en nuestra vida cotidiana, estén descubiertos y, por lo tanto, podamos establecer con ellos relaciones aproblemáticas. Así pues, la mentada comprensión constituye el ámbito u horizonte de sentido en el que se despliega la verdad óntica. Como es sabido, Heidegger emplea el término técnico *Lichtung* (*iluminación*) para referirse a dicho ámbito, en el que siempre está el *Dasein*.

Pero ese desocultamiento, que no hay que olvidar es siempre a la vez también un ocultamiento, ese desvelamiento comprensivo del ser ha de interpretarse desde una óptica epocal. La verdad originaria es *histórica* (*geschichtlich*), acontece como *donación absoluta y gratuita* (el darse del ser) que en modo alguno es causada o provocada por el actuar humano. Cada envío del ser abre o inaugura una época, de ahí que pueda legítimamente hablarse de distintas épocas en la *historia del ser* (*Seinsgeschichte*). Sucede que la historicidad de la apertura originaria va de la mano con la historicidad misma del ser humano, cuya existencia es siempre fáctica, esto es, arrojada y proyectiva. Así pues, el ser que dicho ente comprende no es, en modo alguno, el ser parmenídeo: único, inmutable, atemporal...

III. Verdad y técnica

Sin duda, no se dice nada novedoso cuando se afirma que la ciencia y, sobre todo, la técnica constituyen los dos fenómenos más decisivos y característicos del mundo actual. Vivimos, para bien o para mal (quizá sería mejor decir para bien y para mal), en un mundo científico-técnico. Nadie puede negarlo.

Como no podía ser de otro modo, Heidegger aborda el estudio de la técnica desde el

horizonte hermenéutico de la *historia del ser*. La pregunta decisiva es: ¿sabemos en realidad qué es la técnica?, ¿conocemos su auténtica y originaria esencia?. En opinión de Heidegger, con la técnica sucede lo mismo que con la verdad. Su esencia originaria, esencia *ontológica*, se oculta tras las interpretaciones corrientes de dicho fenómeno. Por ejemplo, la interpretación instrumental-antropológica según la cual, la técnica es un medio creado y desarrollado a lo largo de la historia por el hombre para alcanzar determinados fines y satisfacer distintas necesidades. Pero la esencia originaria de la técnica permanecerá oculta mientras no se acepte que dicha esencia no es nada técnico, por lo tanto, nada que pueda buscarse y hallarse en los distintos aparatos y dispositivos tecnológicos diseñados por el hombre.

A través de un sugerente y original análisis de la noción de causa y del problema de la causalidad, Heidegger va desentrañando la esencia de la técnica. Y es entonces cuando sale a la luz la matricial y constitutiva relación existente entre verdad y técnica. La técnica es una actividad productiva. Pero lo que el pensador alemán nos pide es que pensemos el producir en toda su amplitud, al modo como lo hacían los griegos. En *La pregunta por la técnica* leemos: “*toda acción de ocasionar aquello que, desde lo no presente, pasa y avanza a presencia es poiesis, pro-ducir (Her-vor-bringen), traer ahí delante*”.³ Así las cosas, el producir es aquel modo de actuar en virtud del cual algo (sea un ente natural, pues no se olvide que la *physis* es *poiética* de forma eminente, o artificial) es sacado de su previo *ocultamiento* (*Verborgenheit*) y desocultado, esto es, llevado a la presencia. Por eso, con absoluta pertinencia, puede afirmarse que el producir de la técnica es siempre un *desocultar* (*entbergen*). Y si ahora recordamos la interpretación de la verdad heideggeriana como *aletheia*, esto es, como desocultamiento, entonces no pueden albergarse ya dudas sobre la íntima copertenencia verdad-técnica. Escuchemos al propio Heidegger: “*¿Adónde hemos ido a parar en nuestro extravío?. Preguntamos por la técnica y hemos llegado ahora a la aletheia, al salir de lo oculto. ¿Qué tiene que ver la esencia de la técnica con el salir de lo oculto?. Contestación: es lo mismo*”.⁴ Así pues, la técnica, en cuanto producción, es actividad *aletheiológica*. Con otras palabras, en el producir técnico acontece y se despliega la verdad.

Las ideas precedentes desbrozan el camino que conduce a una comprensión adecuada de la técnica moderna. Ésta, en el fondo, no es sino una materialización histórica, ciertamente singular y decisiva, de la técnica. Por eso, también ella es actividad desocultadora. Mas sucede que tal actividad se despliega ahora de un modo radicalmente distinto a como acontecía en la técnica griega y medieval. El desocultar de la técnica moderna adopta la forma de una *provocación* (*Herausfordern*). El provocar de la técnica moderna tiene un destinatario

³ Heidegger, M., “*La pregunta por la técnica*”, en *Conferencias y artículos*, Barcelona, ed. Serbal, 2001, pp. 9-32, p. 13.

⁴ Ibid., p. 14.

bien definido: la naturaleza en su conjunto, incluyendo por supuesto también aquí al propio hombre. La técnica moderna requiere y exige continuamente a la naturaleza que se amolde y ciña a los proyectos y planes previamente diseñados por el científico y el técnico, se le fuerza para que suministre sin pausa energías y materias justamente en el lugar donde son buscadas y en el momento en que se precisan. Al tomar conciencia de lo que ese proceder provocante y calculador supone, se patentiza que la técnica moderna no equivale a un estado más avanzado de una supuesta historia de la técnica narrada en clave continuista. La técnica moderna es *cualitativamente* distinta a todas las demás.

Retomemos la cuestión de la copertenencia verdad-técnica. ¿Cómo se da la verdad óntica en la época del dominio planetario de la técnica?. Con otras palabras, ¿cómo están patentes los entes en esa época que, según la hermenéutica heideggeriana, equivale a la consumación y, por lo tanto, finalización de la Metafísica?.

El sentido dominante del ser, a lo largo de la historia de la Metafísica, ha sido el de la *presencia* (*Anwesenheit*). La presencia constituye la modalidad metafísica esencial, en rigor, única del ser. Todo lo que *es*, lo real, lo ente, lo es en la medida en que *está presente*. Ahora bien, lo presente (el ente) puede estar presente de distintos modos, no hay un único modo de arribar *a* y mantenerse *en* la presencia. Heidegger elabora, partiendo de las concreciones históricas sucesivas de la comprensión del ser como *presencia*, un catálogo de las correspondientes comprensiones del ente acontecidas a lo largo de la metafísica enfocada ahora desde el horizonte de la *historia del ser* (*Seinsgeschichte*)⁵. Así, para los griegos el ente se manifestaba como *fenómeno* (*fainovmenon*), término que en absoluto ha de ser interpretado en sentido moderno, por ejemplo, en sentido kantiano. El fenómeno para el griego no era el objeto que hacía frente a un sujeto representante, que intervendría de modo efectivo en la configuración de su modo de ser. Fenómeno, entendido al modo griego, era aquello que se mostraba y manifestaba *desde sí mismo*, desvelándose y patentizándose al hombre, entendido éste como *upokeivmenon*, como aquella instancia ante la que acontecía el puro y simple mostrarse del ente mismo. Sin duda, el ente en su estar presente como *fenómeno* hacía también frente al hombre, pero ese modo de hacer frente (para el que Heidegger reserva el término *Gegenüber*) en modo alguno puede identificarse con el enfrentamiento propio del ente *objeto*. La razón ya se ha insinuado: mientras que el *fenómeno* (*Gegenüber*) adviene a presencia desvelándose desde sí mismo ante un hombre perceptivo, que se limita a ajustar su modo de aprehensión al aspecto que aquel muestra, el *objeto* (*Gegenstand*) hace acto de presencia en cuanto representación proyectada por el sujeto

⁵ “La historia de la metafísica cambia pues radicalmente de significación. Sus diversas etapas pueden a partir de ahora ser comprendidas como modificaciones sucesivas del sentido inicial, en la unidad de un envío único, de ahí el nombre de *Seinsgeschichte* [envío del ser] para designar las épocas del ser”, Heidegger, M., *Tiempo y ser*, Madrid, Tecnos, 2000, p. 33.

cognoscente. En suma, mientras el griego, e igualmente en lo esencial el hombre medieval, se acomodaba a lo que se mostraba, dejándolo ser, el hombre moderno lo constituye justamente en su modo de ser.⁶ Con el advenimiento de la modernidad el horizonte ontológico cambia de manera radical. El ente se convierte en *objeto* (*Gegenstand*). Mas todo objeto, como su propia etimología indica, lo es por referencia a otro polo: a aquel al que hace frente y frente al cual se muestra. Ese polo es el sujeto. Objeto y sujeto son dos elementos co-origenarios y mutuamente dependientes.

Tenemos pues, que la determinación del ente como objeto implica de suyo una novedosa comprensión del modo de ser del hombre. Es en la obra de Descartes donde la interpretación del hombre como sujeto (*subjectum*) halla su más completa formulación. El hombre se erige ahora en el ente particular desde el que se van a fundamentar todos los demás entes tanto en lo relativo a su modo de ser, como a su verdad. En cuanto tal fundamento, es la instancia que instauro orden y medida para la totalidad de lo real. El hombre deviene *fundamentum absolutum inconcussum veritatis*, fundamento de la verdad, que se instituye a partir de la certeza (*certitudo*) del representar (la verdad como *adecuación* o *correspondencia*...). El hombre, en cuanto sujeto, se torna *dueño del ser*, ya que establece desde sí, en virtud de su recién conquistada autonomía ontológica, el orden del ser. Es la instancia de constitución y producción de la objetividad del objeto, que nada tiene que ver con el papel pasivo, meramente soportante del *hypokeimenon* griego.

Con la expansión de la técnica moderna, esa verdad óptica, ese modo de estar descubiertos los entes intramundanos entra en quiebra. El mencionado catálogo de modos de comprensión del ente se amplía. Ahora lo real, lo ente en su totalidad, comparece o se muestra ya no como objeto, sino como *existencia* (*Bestand*), en el sentido literal del stock de mercancías depositadas en un almacén listas para ser comercializadas y consumidas. Y nótese, porque en ello se juega lo esencial, que cuando un ente está presente como existencia ya no lo está como objeto, pues han desaparecido los rasgos ópticos definitorios del modo de ser objeto. En efecto, el objeto, por su propia definición, es siempre algo estable, que ofrece resistencia y consistencia, que se yergue así ante el sujeto, haciéndole frente. Pero si el ente es simple *existencia*, entonces acontece la quiebra, la disolución del objeto. La relación sujeto-objeto no desaparece sin más, antes al contrario, llega a su punto más culminante y extremo, ahora no es más que eso: una “relación” fundamentada en la ausencia de objetividad.⁷ Como se ha dicho, lo producido por la técnica moderna está presente como lo meramente dispuesto

⁶ Por otro lado, para los hombres del Medievo, el ente deviene *productum* (*Herstand*), pero tampoco en el sentido moderno del término, esto es, como efecto de la manipulación y fabricación técnica del hombre. Al contrario, el ente es producto en cuanto *ens creatum*, en cuanto *criatura*, por lo tanto, es lo presente por mor de la omnipotencia creadora de Dios.

⁷ Véase al respecto, Heidegger, M., “*Ciencia y meditación*”, en Conferencias y artículos, ed. cit, pp. 33-50, p. 44.

y a disposición, con vistas a optimizar el proceso circular de extracción de energías y materias y su posterior transporte, almacenamiento, transformación, distribución, consumo y reciclaje. Pero la transformación ontológica de la técnica moderna no afecta sólo al polo objetivo. Atañe por igual a la comprensión del hombre como sujeto, que también queda radicalmente transformada. La situación se torna aquí ambigua y, por eso mismo, inquietante. En efecto, por una parte tenemos que el hombre continúa hoy prisionero de esa determinación metafísica que le impele a perseguir un aseguramiento, un dominio total y efectivo de lo real. A tal fin se orienta, quién lo duda, la investigación científica, con su pensar calculador y su proceder planificador, así como el subsiguiente desarrollo tecnológico. Pero el revés de la cuestión salta a la vista apenas se toma conciencia de que también el hombre mismo, al fin y al cabo un ente, queda paulatinamente afectado por la comprensión del ente como existencia, quedando él subsumido en tal determinación óntica. Más que una explotación del hombre por el hombre, asistimos hoy a una explotación del hombre por la técnica, en cuanto forma unidireccional y excluyente de habérmolas con lo real, como se aprecia, sin ir más lejos, en el ámbito político con la consolidación del Estado tecnocrático. Ello da lugar a una extraña paradoja: la peligrosa pérdida por parte del hombre del saber acerca de su propia esencia, de su singular y específico modo de ser y, no obstante, en medio de tal extravío, el hombre mismo se pavonea tomando la figura del señor de la tierra.⁸ He aquí la trágica paradoja del presente: el hombre, en cuanto sujeto demandante, no puede escapar a la demanda, pues es demandado a comportarse precisamente como sujeto que demanda..., como sujeto que demanda que todo lo real, incluido él mismo, se muestre como existencia.⁹ En suma, el hombre, en cuanto ser social, deviene también instancia científico-técnica.

Para terminar desearíamos ver en qué medida dicha propuesta hermenéutica que, no olvidemos, data de mediados del siglo pasado, continúa hoy siendo pertinente. Creemos que en lo esencial, lo es de forma plena. Para atestiguarlo dirijamos nuestra mirada al ámbito donde en la actualidad mejor puede constatarse la quiebra de la objetividad: el de las nuevas tecnologías. Fijémonos, sin ánimo de ser exhaustivos, por ejemplo en Internet. Cualquier usuario de la red habrá tenido la desazonadora experiencia al intentar acceder a una página de encontrarse súbitamente con el mensaje de que dicha página ya no está disponible. Poco importa que se hubiera visitado hace una semana, un día o apenas unas horas antes. La página ha dejado de existir. Por el contrario, cuando se accede a una página que lleva mucho tiempo sin ser actualizada, enseguida uno intuye que esa empresa, negocio o foro también ha dejado de existir, sea temporal o definitivamente. Y sin embargo, la página está ahí, se muestra en la pantalla de nuestro ordenador, hace acto de presencia. Su modo de ser es el del objeto, pues

⁸ Heidegger, M., *“La pregunta por la técnica”*, en *Conferencias y Artículos*, ed. cit., p. 25.

⁹ Cerezo Galán, P., *“Metafísica, técnica y humanismo”*, en *Heidegger o el final de la filosofía*, ed. cit., p. 65.

tiene una duración y consistencia propia, nos hace frente cada vez que intentamos acceder a la dirección en cuestión, mas esa objetividad nos exaspera, nos desquicia dado que lo que buscamos no es ya un objeto, sino una existencia, es decir, una página que esté continuamente actualizada, modificada, rediseñada. Y ello al punto de que tal inmediatez se termina convirtiendo en el rasgo decisivo que otorga a la página una mayor estimación por parte de la comunidad de internautas. La cosa llega a tal extremo que hay ya ediciones digitales de periódicos que actualizan tan vertiginosamente la información que es casi imposible localizar una noticia publicada en esa misma página unas horas o un día antes. La quiebra y disolución del ente como objeto parece aquí palpable. Otro ejemplo, no menos ilustrativo, lo proporciona la industria del entretenimiento, así, la música y el cine. Hasta ayer mismo, como quien dice, la música, por ejemplo, se almacenaba en un soporte determinado: un disco de vinilo, una casete o cinta magnética, un CD. Se trataba de objetos en el más pleno sentido de la palabra. Hoy se habla ya de *música portátil*, esto es música, que se descarga de Internet, se guarda en archivos temporales o se transfiere de inmediato a otros soportes, quedando, en cualquier caso, siempre abierta la posibilidad de su pronta eliminación o modificación. Incluso aunque dichos archivos se conserven largo tiempo, no son ya objetos cuya presencia física pueda establecerse de forma a-problemática a través de las determinaciones categoriales clásicas, por ejemplo, la “sustancia” aristotélica. Su mínima consistencia óntico-ontológica, su intrínseco carácter efímero, de usar y tirar, queda bien atestiguado por el hecho de que un simple gesto con el dedo sobre el ratón nos permite eliminarlos, comprimirlos o enviarlos a otra ubicación. No encontramos en dicha acción ningún tipo de resistencia por parte del soporte, salvo claro está la que pueda ofrecer el propio sistema informático en caso de funcionamiento inadecuado o avería, pero es obvio que esa oposición es periférica o tangencial.

Al traer a colación estos triviales ejemplos, nos limitamos sólo a constatar un hecho: el dominio en las sociedades actuales de aquella comprensión ontológica que reduce el modo de ser de todo ente a existencia, de tal forma que el ente, incluido el ser humano, no comparece ya como objeto, sino como material disponible de forma real o virtual, presto a ser sustituido o conmutado por otro cualquiera. Comprensión que se torna cada vez más dominante y excluyente en consonancia con la primacía de la interpretación científico-técnica del mundo.

En definitiva, también en la técnica moderna, en cuanto *destino*, esto es, *darse histórico*, del ser late y anida la verdad, pues la técnica se despliega y conforma desde aquella abertura originaria en que, como se vio, consiste el acontecimiento originario de la verdad, la desvelación del ser. Pero la donación de sentido que dicho acontecimiento originario instituye

es, no se olvide, una apelación que demanda. Es una llamada dirigida al hombre que éste no puede en modo alguno desoír, pues sólo en la medida en que la escucha puede realizar su propia esencia. Todo comportamiento fáctico que el hombre despliega en su mundo técnico es posible únicamente en la medida en que éste deja ser a los entes, en la medida en que acoge y preserva el desvelamiento histórico del ser, que le es dado y que, como ya se ha dicho, el hombre mismo en modo alguno puede provocar o evitar. En ese acoger y preservar se juega también una idea decisiva: la de la responsabilidad. Idea que apunta al modo de participación del hombre en la verdad originaria. Es claro que, así entendida, la responsabilidad incorpora una significación *ontológica*. Responsable es el *Dasein* en cuanto que demandado e interpelado por el ser (en el juego del *Ereignis*), escucha la palabra de la tradición constituyente y constitutiva y, desde esa pertenencia, despliega su vida fáctica.¹⁰

Mas no se olvide que todo darse o desocultarse del ser es también a la par, y de manera inevitable, un retraerse u ocultarse del propio ser. Retracción u ocultamiento que impide interpretar la realidad efectiva como definitiva e insuperable. El ocultamiento del ser garantiza otras formas de manifestación suyas, esto es, otras verdades originarias y, por extensión, otras épocas en la historia del ser, otros mundos posibles. Posibilidades éstas que, en todo caso, emergerán desde lo sido, pues no olvidemos que, como reza el verso de Hölderlin, citado por Heidegger en *La pregunta por la técnica*: “*Donde está el peligro, crece también lo que salva*”.

¹⁰ “Si la responsabilidad es entonces la forma propiamente humana de pertenencia a la verdad originaria, importa insistir en que se trata de un concepto de responsabilidad que se aparta de la responsabilidad moral y, en general, práctica, no sólo por ser ante todo ontológica, sino porque incide en el momento inicial de responsabilidad: lo que pone de relieve es el movimiento de acogida a una iniciativa que el sujeto no pone”, Rodríguez, R., “Reflexión sin espejo: la verdad en la hermenéutica”, en *Del sujeto y la verdad*, Madrid, 2004, pp 211-238, p. 219.